

algunas opiniones para tener discípulos; y defendían su patria, para gobernarla *. Pero no tenían aquel juicio interior, aquella voluntad reflexionada, aquel espíritu nacional, aquel zelo patriótico que distinguieron á los Romanos. Los Griegos debían dar el impulso á la literatura y bellas artes; los Romanos hicieron llevar el sello de su ingenio al orbe.

CAPITULO V.

De la Literatura latina, mientras que la república romana duraba todavía.

CONVIENE distinguir en cualquiera literatura entre lo que es nacional y lo que pertenece

* Alcibiades y Temistocles quisieron vengarse de su patria suscitándole enemigos estrangeros; un Romano no se hubiera hecho nunca reo de semejante crimen. Coriolano es el único ejemplo de ello, y no pudo resolverse á acabarlo.

á la imitacion. Habiendo sucedido el imperio romano á la dominacion de Atenas, la literatura latina siguió el camino que la de los Griegos habia señalado, primeramente porque era el mejor bajo muchos aspectos, y que el querer desviarse de él en un todo, hubiera sido renunciar al buen gusto y á la verdad; quizas tambien, porque la necesidad sola produce la invencion, y que abrazamos en vez de crear cuando hallamos un modelo acorde con nuestras habituales ideas. El género humano se dedica con preferencia á perfeccionar, cuando está dispensado de descubrir.

El paganismo romano tenia mucha conformidad con el griego. Los preceptos de las bellas artes, un sinnúmero de leyes, las mas de las opiniones filosóficas se transportaron sucesivamente de Grecia á Italia. No me dedicaré pues aquí á la analisis de los efectos semejantes, que debían dimanar de las mismas causas. Cuanto en la literatura griega depende de la religion gentil, de la esclavitud, de los estilos de las naciones meridionales,

del espíritu de la antigüedad ántes de la invasion de los pueblos del Norte y el establecimiento del cristianismo, debe volverse á hallar con algunas modificaciones entre los Latinos.

Lo que importa notar, son las diferencias características de la literatura griega y la latina; y los adelantamientos del ingenio humano, en las tres épocas sucesivas de la historia literaria de los Romanos, la que antecedió al imperio de Augusto, la que lleva el nombre de este emperador, y la que puede contarse desde su muerte hasta el reinado de los Antoninos. Las dos primeras se confunden á veces bajo algunos aspectos por las datas, pero su espíritu es estremamente diferente. Aunque Ciceron haya muerto en el triunvirato de Octavio, su ingenio pertenece por entero á la república; y aunque Ovidio, Virgilio, Horacio, hayan nacido miéntras que la república subsistía todavía, sus escritos llevan el carácter del influjo monárquico. Aun en el imperio de Augusto, algunos escritores, Tito Livio especialmente, manifiestan á me-

nudo en su modo de escribir la historia, un espíritu republicano; pero para analizar con precision la especie distintiva de estas tres épocas, es necesario examinar sus visos generales, y no las excepciones particulares.

No se manifestó por entero el genio romano mas que miéntras duró la república. Una nacion no tiene indole ninguna mas que cuando es libre. La aristocracia de Roma tenia algunas de las ventajas de la aristocracia de las luces. Aunque se le puede censurar, con razon, quanto en el nombramiento de los senadores dependia meramente de la herencia, sin embargo el gobierno de Roma, dentro del recinto de sus muros, era libre y paternal. Las conquistas daban un inmenso poder á los gefes del estado; y los principales Romanos, la flor de la ciudad señora del mundo, se consideraban como poseedores del patriado del orbe. De esta idea de aristocracia entre los nobles, de superioridad esclusiva entre los habitantes de la ciudad, dimanaba el eminente carácter de los escritos de los Romanos, de su lengua, costumbres, hábitos y magestad.

Los Romanos no manifestaban jamas, en ninguna circunstancia, una violenta agitacion; aun cuando deseaban conmovier con la elocuencia, les importaba todavia mas el conservar la sosegada dignidad de un alma fuerte, y no esponer la idea de respeto, que servia de fundamento á todas sus instituciones políticas, igualmente que á sus relaciones sociales. Hay en su lengua una autoridad de espresion, una gravedad de sonido, una regularidad de periodos, que se prestan apénas á los atropellados acentos de un alma turbada, á los rápidos prontos de la alegría. Triunfaban en las batallas con el valor; pero su fuerza moral consistia en la impresion solemne y profunda que el nombre romano producía. No se tomaban la libertad, con motivo ninguno, ni aun con el de un triunfo presente, de lo que podia causar ofensa á las relaciones durables de subordinacion, de miramientos y prudencia.

Era un pueblo cuyo poder consistia en una voluntad seguida, mas bien que en la impetuosidad de sus pasiones. Era menester per-

suadirle con la esplanacion de la razon, y contenerle con la estimacion. Mas religioso que los Griegos, aunque ménos fanático, mas obediente á las autoridades políticas, ménos zeloso de las reputaciones individuales, no estaba privado nunca del ejercicio de su razon por ningun suceso de la vida humana.

Los Romanos habian comenzado menospreciando las bellas artes, y particularmente la literatura, hasta el momento en que los filósofos, oradores é historiadores hicieron el talento de escribir útil á los negocios y moral pública. Luego que los primeros del estado se hubieron ocupado en la literatura, sus libros llevaron á los de los Griegos la superioridad que el conocimiento práctico de los hombres y gobierno proporciona siempre; pero fueron compuestos necesariamente con mas circunspeccion. No se atrevia Ciceron á impugnar mas que con timidez las ideas recibidas en Roma. No podia despreciar las opiniones nacionales, el que queria lograr el voto de la nacion para los primeros puestos de

la república; y el escritor aspiraba siempre á conservarse la fama de estadista.

En las democracias, tales como era la de Aténas, el estudio de la filosofía y la ocupacion de los negocios políticos se hallan casi tan rara vez reunidos, como en una monarquía el oficio de cortesano y el mérito de medidor. Los medios con que se adquiere la popularidad, ocupan enteramente el tiempo, y no tienen casi relacion ninguna con las tareas necesarias al acrecentamiento de las luces. Los gefes del pueblo no tienen, por decirlo así, ninguna idea de los venideros; las turbulencias de lo presente son tan terribles, los reveses y prosperidad llevan tan adelante el destino, que todas las pasiones se hallan embebidas con los acaecimientos coetáneos. Presentando el gobierno aristocrático una carrera mas lenta y mesurada, fija mas el interes sobre todo lo que mira á lo futuro; las luces filosóficas son necesarias para la consideracion en un cuerpo de hombres escogidos, miéntras que bastan los recursos de la imaginacion para conmovier al vulgo reunido.

Excepto Jenofonte, el cual mismo habia sido actor en la historia militar que él refiere, pero que sin embargo no tuvo nunca autoridad en lo interior de la república, ninguno de los estadistas de Aténas fué célebre al mismo tiempo por su talento literario; ninguno, como Ciceron y César, creyó aumentar su existencia política con sus escritos. Seipion y Salustio fuéron sospechados, el uno de ser el oculto autor de las comedias de Terencio, y el otro de haber sido el actor secreto de la conspiracion de que él era historiador; pero no vemos en Aténas ejemplos de que un mismo sugeto haya seguido la doble carrera literaria y gubernativa. De esta casi absoluta separacion, entre los estudios filosóficos y las ocupaciones del estadista, resultaba que los escritores griegos cedian mas á su imaginacion, y que los latinos tomaban por norma de sus pensamientos la realidad de las cosas humanas.

La literatura romana es la única que haya comenzado con la filosofía; en todas las demas, y en la griega particularmente, pette-

neciéron á la imaginacion los primeros ensayos del espíritu humano. Las comedias de Plauto y Terencio no son mas que imitaciones del griego. Los demas poetas anteriores á Ciceron merecen apénas nombrarse, ó, como Lucrecio, pusieron en verso ideas filosóficas *. La utilidad es el principio inventivo

* Habiéndose censurado esta opinion, creo deber indicar algunos hechos que la prueban. Dije que los poetas que habian antecedido á Ciceron y Lucrecio, eran apénas dignos de nombrarse. Se me ha objetado con Enio, Acio, y Pacuvio. Enio, el mejor de los tres, es un poeta incorrecto, obscuro, y de una imaginacion poco poética. Esta opinion, fundada en los fragmentos que nos quedan de él, está confirmada por Virgilio. Su juicio sobre Enio se convirtió en proverbio. Horacio se burla, en una de sus epístolas, de los que admiran á los antiguos poetas romanos, Enio y contemporáneos suyos. Ovidio, en sus Tristes, prohíbe á las mugeres leer los Anales de Enio en verso, porque dice (*nil est hirsutius illis*), no hay cosa mas ordinaria que estos Anales; y los mas de los comentadores latinos consideran á Enio como un mal escritor.

de la literatura latina; la necesidad de divertirse, el principio inventivo de la literatura

Dije que los Romanos se habian ocupado en filosofia ántes de haber tenido poetas. Se representaron en el año de 514 las primeras comedias en verso, compuestas por Tito Andrónico; y fué conocido Enio en el siguiente. Numa, cinco siglos ántes de esta época, habia escrito sobre la filosofia, y Pitágoras habia sido recibido vecino de Roma ciento y cincuenta años despues de Numa. Las sectas filosóficas de la Grecia mayor habian tenido continuas relaciones con Roma; la lengua latina habia tomado muchas voces y reglas gramaticales del griego eólico que las colonias habian transportado á la Grecia mayor. Enio, ántes de escribir en verso, habia abrazado la secta Pitagórica; y lo que nos queda de sus poemas, contiene ideas filosóficas mucho mas que fábulas maravillosas.

La legislacion, que debe mirarse como un ramo de la filosofia, se llevó al mas alto grado de perfeccion en Roma ántes que hubiera en ella poetas. Se fundaron escuelas públicas para estudiar el espíritu de las leyes; y las analizaron diversos comentadores. Sexto Papirio, Sexto Celio, Graciano Flaco, etc., escribieron sobre esta materia en

griega. Los patricios instituian, por condescendencia con el pueblo, espectáculos, cán-

los siglos tercero, cuarto, y quinto de la república. Para resumir la ley de las doce tablas, se enviaron algunos Romanos á consultar con los hombres mas ilustrados de la Grecia; y esta ley de las doce tablas, que trata de la religion, del derecho público y particular, es citada por Ciceron, como superior á quanto los filósofos escribiéron en todos los tiempos sobre esta materia.

Paulo Emilio confiò al filósofo Metrodoro, al que él habia traído de Aténas, la educacion de su hijo. Caton el Antiguo, que desaprobaba la inclinacion de los Romanos á la literatura griega, y que manifestó un particular desprecio á Enio, porque escribia en verso, fué instruido él mismo por Nearco el Pitagórico, y se distinguió como escritor y orador; no se mostró adversario mas que de Carneades, filósofo griego de la secta académica; y Diógenes el Estóico que fué enviado á Roma al mismo tiempo que Carneades, fué tan bien acogido en ella, que Scipion, Lelio, y otros muchos senadores abrazaron su doctrina; aun parece que la conocian y practicaban en Roma mucho tiempo ántes de esta embajada.

Si se quiere llamar siempre la filosofia el arte de

tics, y fiestas; pero hallándose reconcentrada la potestad durable en el senado, este

los sofismas, se podrá decir con razon que, en toda la duracion de la republica los Romanos desecháron este talento falso de los Griegos; pero si queremos dar á la filosofia la honrosa acepcion que ella tuvo siempre en la antigüedad, verémos que los Romanos no pudiéron ser grandes estadistas, profundos legisladores, y hábiles oradores políticos, sin ser filósofos.

Antes de Enio, habia habido muchos escritores en prosa entre los Romanos. Postumo Albino, Romano, escribió una historia de Roma en griego; Fabio Pictor, otra en latin, etc. Antes de Enio, los Romanos poseian oradores célebres, de que Ciceron habla con admiracion, los Gracos, Apio, etc. Muchos de sus discursos existian todavia por escrito en tiempo de Ciceron. Últimamente la república habia tenido casi todos sus grandes hombres, ántes que en ella se cultivara la poesia.

¿Puede compararse este curso del ingenio humano en Roma con el que él siguió en la Grecia? El mas sublime de todos los poetas, Homero, existió quatro siglos ántes del primer escritor en prosa que nos sea conocido, Ferecides de Sciros,

cuerpo debía dar por necesidad el impulso al espíritu público.

trescientos años ántes de Solon, un siglo ántes de Licurgo; y el primer arte de la imaginación, la poesía, había llegado en Grecia casi al supremo grado de perfección, ántes que sobre otros objetos se tuvieran las ideas suficientes para formar un código de leyes y fundar una sociedad política.

Ultimamente, cuando se quiere conocer el carácter de una literatura, se coge su espíritu general. Se dice que la literatura italiana comenzó con la poesía, aunque en tiempo de Petrarca había malos prosistas cuyos nombres podrian objetarse, como se intenta oponer Enio, Acio, y Pacuvio á los famosos oradores, á los filósofos políticos que perpetúan la gloria de los primeros siglos de la república romana. Si se dijera el poeta Ciceron, á causa de que él tentó en su juventud un poema sobre Mario, no se comprendería nada en este epíteto. Lo mismo sucede con aquella poesía informe, fria y desconocida, á la que quieren atribuir el origen de la literatura latina. La instruccion vale á veces mucho mas que la erudicion, porque en las tinieblas de la antigüedad, podemos perdernos en los hechos menudos que impedirán comprender la verdad del conjunto.

El pueblo romano era ya una nacion célebre, sabiamente gobernada, fuertemente constituida, ántes que ningun escritor hubiera existido en la lengua latina. Comenzó la literatura cuando estaba formado ya el es-

Los escritores realmente célebres ántes del siglo de Augusto, son Salustio, Ciceron, y Lucrecio, á los que pueden agregarse Plauto y Terencio, traductores de las comedias griegas. Pero ¿cual es el poeta original en la lengua latina, que haya merecido alguna reputacion ántes de Ciceron? ¿Cual es el poeta que ántes del siglo de Augusto, haya tenido sobre la literatura latina un influjo que podamos comparar de modo ninguno con el de Homero sobre la literatura griega? Ciceron es el primero de la literatura latina, como Homero el primero de la griega; con esta diferencia, que para que existiera un filósofo como Ciceron, era menester que le hubiesen precedido muchos siglos ilustrados, miéntras que es necesario atribuir Homero á la imaginacion sola del poeta y á lo maravilloso de los tiempos heróicos.

Si se hallan muy multiplicadas estas reflexiones, ruego que se traiga á la memoria que están escritas en respuesta á una censura que exigia una refutacion.

piritu de los Romanos por muchos siglos, en que se habian practicado las máximas filosóficas. El arte de escribir no habia tenido progreso mas que mucho tiempo despues del talento de obrar; tuvo pues la literatura entre los Romanos, un carácter diverso del todo, un objeto enteramente diferente, que en los paises en que la imaginacion se despierta la primera.

Un gusto mas severo que el de los Griegos debia resultar, en Roma, de la distinción de las clases. Tirando siempre las primeras á elevarse, no tardan en notar que la nobleza de los modales, la delicadeza de la educacion, dan á conocer mejor la distancia de los estados que todas las graduaciones legales. Los Romanos no hubieran soportado nunca, en su teatro, las ordinarias burlas de Aristófanes; ni sufrido jamas que los acaecimientos coetáneos y personajes públicos fuesen la risa del público. Permitian que se representasen en su presencia ciertas costumbres teatrales, sin relacion ninguna con sus virtudes domésticas, algunas pantomimas, ó entreme-

ses charros, haciéndose el principal papel por esclavos griegos en asuntos griegos; pero ninguna cosa que pudiera tener la menor relacion con las costumbres de los Romanos. Las ideas, los afectos que se espresaban en estas comedias, eran, para los espectadores de Roma, como una ficcion mas en una obra de imaginacion. Terencio conservaba en estos asuntos estrangeros la especie de decencia y comedimiento que exige la magestad del hombre, aun quando no hay mugeres en el auditorio.

Las mugeres tenian mas existencia entre los Romanos que entre los Griegos; pero lograban ellas algún ascendiente en lo interior de sus familias; y no le habian adquirido todavía en las relaciones de la sociedad. El buen gusto, la urbanidad romana tenian algo de varonil que no tomaba nada de la finura de las mugeres, y se conservaban por medio de las austeras costumbres únicamente.

La turbulenta elocuencia de la Grecia, y la ingeniosa lisonja de la Francia no son acomodadas para el gobierno aristocrático; no hay

precision de cautivar al pueblo ni al individuo rey; sino á un cuerpo, á un corto número, que hace mancomunidad de sus intereses separados. En semejante orden de cosas, era menester que los patricios se respetasen mutuamente para imponer respeto á lo restante de la nacion; era menester conseguir un aprecio de duracion; era menester que cada uno tuviera prendas serias y graves, que pudiesen honrar á sus semejantes, y servir á la existencia de ellos como á la suya individual. Lo que singulariza, lo que excita muchos aplausos ó envidia, no conviene á la magestad de un cuerpo. Los Romanos no tiraban pues á distinguirse, como los Griegos, con raros sistemas, con sofismas inútiles, con un género de vida estravagantemente filosófico *. Lo que podia lograr el aprecio de los patricios, era objeto de la emulacion general; podia uno aborrecerlos, pero queria asemejárseles.

* ¿Qué hubieran dicho en Roma de las rarezas de Diógenes? nada; porque no se hubieran

Aunque los Romanos se hayan dado mémos que los Griegos á la literatura, les son superiores por la sagacidad y estension en las reflexiones morales y filosóficas. Los Romanos llevaban á los Griegos una delantera de algunos siglos en la carrera del talento humano. Por otro lado, quanto mas decoro hay que guardar, tanto mas necesaria es la penetracion del espíritu. La democracia infunde una viva y casi universal emulacion; pero la aristocracia estimula mas á perfeccionar lo que se emprende. El escritor que compone, tiene presentes siempre á sus jueces en el pensamiento; y todas las obras son un resultado combinado del ingenio del autor, y de las luces del público que él se ha elegido por tribunal.

Los Griegos estaban mucho mas versados que los Romanos en aquellas réplicas prontas y picantes que aseguran la popularidad en medio de una nacion entendida y alegre;

entregado á ellas en un pais en que no le hubieran salido acertadas.

pero los Romanos tenian mas talento real; es decir, que veian un mayor número de relaciones entre las ideas, y profundizaban mas todas las especies de reflexion. Sus progresos en las ideas filosóficas son estremamente palpables desde Ciceron hasta Tácito. La literatura de imaginacion siguió un curso desigual; pero el conocimiento del corazon humano y de la moral que le es propia, se perfeccionó siempre progresivamente. Las principales basas de las opiniones filosóficas de los Romanos están tomadas de los Griegos; pero como los Romanos abrazaron, en la conducta de la vida, las máximas que los Griegos habian esplanado en sus libros, el ejercicio de la virtud los hizo muy superiores á los Griegos en la analisis de cuanto es relativo á la moral. El código de las obligaciones se presenta por Ciceron con mas union, claridad, y fuerza que en ninguna otra obra anterior. Era imposible ir mas adelante ántes del establecimiento de una religion benéfica, y de la supresion de la esclavitud política y civil.

Los antiguos no profundizaron las pasiones

humanas, como algunos modernos moralistas lo hicieron; y aun las ideas suyas sobre la virtud se oponian á ello. La virtud consistia, entre los antiguos, en la fuerza sobre si mismo y amor de la reputacion. Estos móviles, mas exteriores que íntimos, no permitian al hombre conocer los arcanos de su corazon; en lo cual perdió bajo muchos aspectos la filosofia moral.

Las opiniones estoicas formaban el puñdonor de los Romanos: una virtud dominante sostiene todas las asociaciones políticas, prescindiendo del fundamento de su gobierno; es decir, que entre todas las buenas prendas, se prefiere una, sin la que todas las otras son nulas, y la cual sola basta para hacer perdonar la carencia de todas. Esta prenda es el vínculo de la patria, el distintivo característico de los ciudadanos de un mismo pais. Entre los Laccedemonios, era el desprecio del dolor físico; entre los Atenienses, la distincion de los talentos; entre los Romanos, el dominio del alma sobre sí misma; entre los Franceses, el lustre del valor; y era tanto el precio que un

Romano daba al ejercicio de una absoluta dominacion sobre todo su ser, que el estóico, solo consigo mismo, reconocia apénas los afectos de que se le prescribia triunfar.

Si un hombre de honor fuera capaz de algun temor, le desecharia con tanta energia que no tendria nunca la ocasion ni voluntad de observarle en su propio corazon. Sucedia lo mismo, entre los filósofos romanos, con los afectos tumultuosos de dolor ó cólera, de envidia ó pesar; miraban ellos como afeminados todos los impulsos involuntarios; y avergonzándose de experimentarlos, no se dedicaban á conocerlos en si mismos, ni en los otros. No era para ellos el estudio del corazon humano mas que el de la fuerza ó debilidad. Ambiciosos siempre de fama no se abandonaban á su propio genio; y no manifestaban nunca mas que una naturaleza subordinada.

Ciceron es el único cuya individualidad se deja vislumbrar en sus escritos; y aun lucha con su sistema contra lo que se le suelta á su

amor propio. Su filosofia está compuesta de preceptos, y no de consideraciones. Los Romanos no eran hipócritas; pero se formaban dentro de sí mismos para la ostentacion. El genio romano era un modelo al que todos los grandes hombres acomodaban su naturaleza particular; y los escritores moralistas presentaban siempre el mismo ejemplo.

Ciceron, en sus *Oficios*, habla del *decorum*, es decir, de las formas exteriores de la virtud misma; enseña, como una obligacion moral, los diversos medios de imponer respeto con la pureza del lenguaje, con la elegancia de la pronunciacion. Quanto puede aumentar la magestad del hombre, formaba la virtud de los Romanos. Proponen los gozos filosóficos, y no las dulces ideas de una religion elevada, por premio de los sacrificios. No recurren á los consuelos del corazon sino á su elacion de ánimo, para sostener á los hombres; en tanto grado es magestuosa su naturaleza, y se esfuerzan ellos á desterrar de sí quanto pudiera pertenecer á impulsos sensibles, aun cuando seme-

jantes impulsos sirvieran de apoyo á la mas rigida moral.

No vemos pues, en la primera época de su literatura, obra ninguna que muestre un profundo conocimiento del corazon humano, que pinte el secreto de los genios, ni las innumerables diversidades de la naturaleza moral. Hubiera sido quizas fomentar las flaquezas, el aclarar las causas suyas, miéntras que los Romanos querian ignorar hasta la posibilidad de ellas. Su elocuencia misma no está animada con pasiones irresistibles; es el calor de la razon que no escluye la paz del alma.

Tenian los Romanos sin embargo mas sensibilidad real que los Griegos; y sus severas costumbres conservan mejor las afecciones cordiales, que la licenciosa vida á que se daban los Griegos.

Plutarco, que deja tan animados recuerdos de lo que él pinta, refiere que paseándose Bruto, pronto á embarcarse para salir de la Italia, en las orillas del mar con Porcia, de la que iba á separarse, entró con ella en un templo, en el que ámbos hicieron oracion á

los dioses protectores. Una pintura que representaba á Hector despidiéndose de Andrómaca, les llamó desde luego la atencion. Viendo esta pintura la hija de Caton, que habia reprimido hasta entónces las espresiones de su dolor, no pudo contener su excesiva conmocion. Enternecido con ello Bruto mismo, dijo acercándose á algunos amigos que le habian acompañado: « os confío esta muger, que une á todas las virtudes de su sexo el valor del nuestro; » y se marchó.

No sé si nuestros disturbios civiles, en que tantas despedidas fuéron las últimas, aumentan mi impresion al leer esta relacion; pero me parece que hay pocas mas afectuosas. La austeridad romana da un notable carácter á las afecciones que ella permite. Dejando ver el estóico Bruto, cuya fiera virtud no habia perdonado nada, un tan tierno afecto en aquellos momentos que anteceden á sus postreros esfuerzos y dias, sorprende el corazon con una inesperada conmocion; la accion terrible y el adverso destino de este último de los Romanos, rodean su imágen

con ideas melancólicas que hacen dolorosamente interesante á Porcia *.

Comparemos con esta situación á Pericles defendiendo ante el areópago, á Aspasia acusada, el lustre del poder, el encanto de la hermosura, el amor mismo tal como la seducción puede excitarle, hallaremos todos estos medios eficaces reunidos en la narración de esta defensa; pero no penetrarán hasta lo íntimo de nuestra alma. En el secreto de la conciencia se halla también la raíz del enternecimiento. Disponen de nuestro corazón, no las preocupaciones sociales, ni las opiniones filosóficas, sino la virtud, tal como el cielo la crió, virtud de amor ó sacrificio, pero siempre delicadeza y verdad.

Aunque los Romanos, por sus puras costumbres y progresos intelectuales, eran mas

* *Elle vint sur ce seuil accompagner ses pas,
Et les infortunés ne se revirent pas.*

« Vino en este umbral á acompañar sus pasos, y los desgraciados no se volviéron á ver. »

Los Gracos, por Mr de Guibert.

capaces que los Griegos de profundas afecciones, no hallamos en sus escritos, hasta el imperio de Augusto, los vestigios de las ideas y espresiones sensibles que estas afecciones debian infundirles. El hábito de no dejar ver ninguna de sus impresiones personales, de dirigir siempre el interés hácia las máximas filosóficas, da energía, pero á menudo también aridez y uniformidad á su literatura. « En cuanto á aquel afecto, dice Ciceron, vulgarmente llamado el amor, es casi cosa superflua el demostrar cuan indigno es del hombre. » En otro lugar dice, hablando de los pesares y llantos hechos sobre los sepuleros, que « estos testimonios de dolor no convienen mas que á las mugeres. » Así el hombre que quería domar la naturaleza, se rendia á la superstición.

Sin querer ventilar aquí qué beneficio resulta, para una nación, de esta fortaleza moral, exaltada con todos los esfuerzos reunidos de las instituciones y costumbres, es cierto que la literatura debe tener ménos variedad, cuando el talento de cada hombre

tiene su camino señalado por el espíritu nacional, y los esfuerzos individuales miran todos á perfeccionar una especie única, en vez de dirigirse hácia aquella para la que cada uno tiene mas ingenio.

Los combates de los gladiadores llevaban el objeto de interesar fuertemente al pueblo romano con la imágen de la guerra y el espectáculo de la muerte; pero en estos juegos sangrientos, exigían los Romanos tambien que los esclavos sacrificados á sus bárbaros divertimientos supieran triunfar del dolor, y no dejaran soltar señal ninguna suya. Este continuo dominio sobre los afectos es poco propicio para los grandes efectos de la tragedia; y por lo mismo la literatura latina no contiene nada de realmente célebre en esta clase *. La indole romana tenia ciertamente la grandeza trágica; pero estaba muy

* Horacio se queja de que los Romanos, en medio de la representacion de las piezas teatrales, las interrumpian para pedir con fuertes gritos gladiadores.

reprimida para ser teatral. Aun una cierta gravedad distinguia todas las acciones en las clases del pueblo. La locura causada por la desgracia, aquella cruel pintura de la naturaleza fisica turbada con las penas del ánimo, aquel poderoso medio de conmocion, de que Shakespeare sacó el primero tan dolorosas escenas, todo ello se hubiera mirado por los Romanos como la degradacion del hombre. Aun no se citan en la historia de estos ninguna muger, ningun hombre conocido, cuya razon se haya descompuesto con la adversidad. El suicidio era frequentísimo entre los Romanos, pero las señales exteriores del dolor sumamente raras. El desprecio que la demostracion del pesar excitaba, formaba una ley de morir ó triunfar. En cuyas disposiciones no hay cosa ninguna que presente materia de progreso á la tragedia.

Por otra parte, no se hubiera podido trasladar jamas á Roma el interes que los Griegos hallaban en las tragedias cuyo asunto era nacional *. Los Romanos no hubieran

* Existe una tragedia sobre un asunto romano,

querido que se representara en el teatro lo que podia ser relativo á su historia, afectos, y patria *. Un afecto religioso sancionaba

la Muerte de Octavia; pero ella se compuso, como la naturaleza del asunto lo prueba, mucho tiempo despues de la ruina de la república; y aunque está en las obras de Séneca, se ignora su autor, y no se sabe si fué representada en algun tiempo.

* Contra esta opinion se oponen estos cuatro versos de Horacio.

*Nil intentatum nostri liquere poetae,
Nec minimum meruere decus, vestigia graeca
Ausí deserere, et celebrare domestica facta
Vel qui praetextas, vel qui docuere togatas.*

•Nuestros poetas no dejaron por tentar ninguna especie. y merecieron sumos elogios, osando abandonar las huellas de los Griegos, y celebrar sucesos domésticos, así en lo trágico como en lo cómico. •

No sé á qué especie de obra ni época de la literatura romana se refieren estos cuatro versos de Horacio. En el momento de escribir él su Arte poético, existian los mas famosos poetas del siglo de Augusto; y parece que aun era conocida ya la Eneida. Estos versos son los únicos, en los escritos de los autores clásicos latinos, y en Ho-

quanto les era querido. Los Atenienses creian en los mismos dogmas, defendian tambien su patria, y eran tambien amantes de la

racio mismo, que puedan explicarse como haciendo alusion á tragedias sobre asuntos romanos; y aun podemos interpretarlos diversamente. Lo que es cierto, es que Horacio y Ciceron dicen que los trágicos romanos fuéron imitadores de los Griegos, y que todas las tragedias citadas en los escritos de los antiguos (y hay cerca de doscientas) están sacadas de asuntos griegos.

Acio, dice un comentador, habia compuesto una tragedia sobre Bruto, que fué representada en los juegos Apolinarie. Pero una carta de Ciceron á Atico dice que se representó en estos juegos la tragedia de Tereo; y otro comentador asegura que Acio no habia compuesto una tragedia de Bruto, sino unos versos dirigidos á un Bruto, descendiente del primero, con el que tenia estrecha amistad. Los ediles, en Roma, estaban encargados de decidir, á continuacion de la lectura de las composiciones teatrales, si serian ó no representadas; ¿como saber pues si ellos autorizaron la representacion de una pieza sobre un asunto romano, aun suponiendo que existen algunas que no conocamos, mientras que se nos transmitieron los

libertad; pero únicamente los Romanos tenían á los objetos de su culto aquel respeto

títulos de cerca de doscientas tragedias sacadas de asuntos griegos!

Sería arriesgado el querer afianzar que no se hallara en semejantes investigaciones una excepción á la regla general; pero una observacion de esta especie se funde sobre un grandísimo número de ejemplos; y es seguramentè muy probable que los Romanos del tiempo de la república no fomentaron las tragedias que tenían por asunto los propios sucesos de su historia. No nos ha quedado un título ni elogio de semejantes tragedias en Horacio ni Ciceron, los cuales ámbos se esmeraban sin embargo en realzar la literatura latina.

A los versos de Horacio que se me han opuesto, objetaré otros sacados de una epístola suya.

*Serus enim Græcis admovit acumina chartis:
Et post punica bella quietus, querere capit
Quid Sophocles et Thespis et Eschilus utile ferrent.
Tentavit quoque rem si dignè vertere posset:
Et placuit sibi, natura sublimis et acer.
Nam spirat tragicum satis et feliciter audent;
Sed turpem putat in scriptis metuitque lituram.*

* Los Romanos se ocuparon muy tarde en la literatura griega, y cuando el fin de las guerras púnicas restituyó el sosiego á la república

que obra sobre el pensamiento, que destierra de la imaginacion hasta la posibilidad de las acciones vedadas, y que se parece bajo algunos aspectos á la supersticion del amor.

En Aténas, la filosofia era, por decirlo así, una de las bellas artes que cultivaba aquel pueblo, entusiasta de toda especie de celebridad. En Roma, se habia abrazado la filosofia como un apoyo de la virtud; y la estu-

Se comenzó á buscar entónces las perfecciones que podian presentar Sofócles, Esquiles, y Tespis; aun se trató de imitarlos, y se tuvo acierto en ello. Los Romanos son de un natural ardiente y sublime; respiran la idea de la tragedia, y pueden osar con buen éxito. Pero se resisten á corregir lo que componen, y aun hallan algo de vergonzoso en rayar sus escritos.

¿Hay cosa ninguna en estos versos que suponga que los Romanos hayan tenido composiciones de teatro originales? ¿No es un nuevo rasgo por añadir al genio de los Romanos, aquella especie de orgullo que ponian en no corregir las piezas que ellos componian? ¿Qué relacion puede haber entre la índole, talentos y gusto de semejante pueblo mientras que era republicano, y cuanto leemos del entusiasmo del pueblo griego para la perfeccion del arte dramático y poético?

diaban los estadistas como un medio de gobernar mejor su patria. Llevaban sus tareas la grandeza de la república romana por único objeto; y les resultaba de ella mas lustre á sus guerreros, escritores, y magistrados, que el que ninguna otra separada gloria hubiera podido asegurarles. Un mismo fin debe comunicar á la literatura formada por la república romana, un mismo espíritu, unos mismos visos. Los escritos de aquel tiempo son notables por la perfeccion y no por la variedad, por la magestad y no por el ardor, por la sabiduría y no por la invencion. Una autoridad de razon, una genial magestad singularmente respetable, afianzan á cada frase, á cada voz, toda su acepcion integra. Tan léjos de tener que cercenar nada en el valor de los términos, parece, por el contrario, que ellos suponen mas de lo que espresan. Los Romanos esplanan mucho sus ideas; pero espresan concisamente siempre cuanto pertenece á los afectos.

Hallándose la primera época de la literatura romana muy inmediata á la última de

la literatura griega, se notan en ella tambien los mismos defectos, que dependen, como los de los Griegos, de que el mundo conocido no existia mucho tiempo hacia. Se hallan muchas digresiones en ciertos asuntos, ignorancia y error en otros muchos. Los Romanos son superiores á los Griegos en la carrera del pensamiento; pero ¡cuan inferiores no son sin embargo aun en esta carrera á los modernos!

La principal causa de la admiracion que nos posee al leer el corto número de escritos que nos queda de la primera época de la literatura romana, es la idea que semejantes escritos nos dan de la indole y gobierno de los Romanos. La historia de Salustio, las cartas de Bruto, * las cartas de Ciceron, ha-

* Bruto, en sus cartas, no se ocupaba en el arte de escribir; su única mira era favorecer los intereses políticos de su pais; y sin embargo la carta que él dirige á Ciceron, para afearle las li-sonjas que hacia tan profusamente al jóven Octavio, es quizas lo que se escribió de mas perfecto en la prosa latina.

cen recuerdos eficacisimos sobre el pensamiento; conocemos la fortaleza del alma por medio de la perfeccion del estilo; vemos al hombre en el escritor, á la nacion en este hombre, y el orbe á las plantas de esta nacion.

Sin duda Salustio, y aun Ciceron no eran los mayores caracteres de la época en que vivieron; pero unos escritores de semejante talento se penetraron del espíritu de un tan bello siglo; y Roma vive toda entera en sus escritos.

Cuando Ciceron aboga ante el pueblo, ante el senado, ante los sacerdotes ó César, muda de forma su elocuencia. Podemos notar en sus arengas, no solamente el carácter que convenia á la nacion romana en general, sino tambien cuantas modificaciones deben agradar á los diferentes espíritus, á los diferentes hábitos de los hombres visibles del gobierno. El paralelo de Ciceron y Demóstenes se halla pues casi enteramente en la comparacion que puede hacerse del espíritu y costumbres de los Griegos, con el espíritu y costumbres de

los Romanos. El temple injurioso de Demóstenes, la magestuosa elocuencia de Ciceron, los arbitrios de que Demóstenes se vale para agitar las pasiones de que necesita, los ratiocinios á que Ciceron recurre para desechar las que él quiere vituperar, sus difusas esplanaciones, los rápidos impulsos del orador griego, la multitud de argumentos que Ciceron tiene por necesarios, los repetidos tiros que Demóstenes quiere dirigir; todo ello es relativo al gobierno é indole de ámbos pueblos.

El escritor solitario puede no pertenecer mas que á su talento; pero el orador que quiere influir en las deliberaciones politicas, se conforma solícitamente con el espíritu nacional; así como un perito general estudia de antemano el terreno en que debe dar batalla.